

zas en imitarme. Y advierte, hija mía que con ser tan excelsa dignación la de que seas llamada a imitar a la Inmaculada, en nada te has de sorprender por ese llamamiento, pues, si Ella así te solicita, es para que de Ella aprendas a imitar a Jesús, que es el divino ejemplar a quien todos hemos de imitar con nuestras obras y para cuyo fin somos por El mismo tantas veces solicitados y urgidos, cuando nos dice:—Aprended de mí.— y por los discípulos y compañeros del divino Maestro, cuando con el Apóstol nos dicen:—Imitadme a mí vosotros, como yo imito a Cristo.—Mas como la imitación, si es imperfecta, no es tan intensa como se requiere para engendrar hábitos de santidad, por eso nos dice la Virgen que trabajemos, y no de cualquier modo, sino con todas nuestras fuerzas, pues es mucho el empuje que hemos de resistir contrario al bien obrar, ya de parte de las malas pasiones, ya del demonio, ya de las sugestiones del mundo, ya, en una palabra, de todos los enemigos tantos internos como externos de nuestra salvación; por eso quiere la Stma. Virgen que trabajemos con todas nuestras fuerzas para imitarla según Ella desea: —*en un ejercicio que hice toda mi vida después que nací al mundo.*—Si María sólo pidiera que la imitásemos en general, bien podríamos decir que sería la perfección para nosotros en este caso, como llegar a un punto determinado lanzándose a la mar sin norte ni brújula. Por este motivo lo que exige María a la M. Agreda es que la imite en un solo ejercicio, tan importante que Ella lo practicó toda la vida desde que nació, tan necesario que de él dice la celestial Maestra que lo hizo:—*sin omitirlo día alguno por más cuidado y trabajo que tuviese.*—Luego este ejercicio era preferido por la Inmaculada a todo otro. Dispongámonos, por lo tanto, a seguir esa santa práctica, constantemente alma piadosa, que aspiras a la santidad como al único fin de tu existencia.

Desiderio.

